

habilidades culinarias. Le alegró la idea de que dentro de esa España que había triunfado y él rechazaba hubiese lugares que le inspirasen paz y tranquilidad. Le atraía ese aire colonial del edificio, diseñado por el arquitecto José Enrique Marrero, con arco, patio central y torre mudéjar, a la imagen y semejanza de las misiones californianas. No sabía por qué, pero estaba seguro de que ese mercado iba a ser uno de sus sitios predilectos. No se equivocó. En él pasó buena parte del tiempo de ese año que vivió en Santa Cruz antes de partir hacia su exilio venezolano.

El reencuentro con Juan fue indescriptible. Pero ambos eran conscientes de que ahí no terminaban los problemas. Más bien empezaban. Toda la ciudad conocía su historia y muy pocos, incluidas sus familias y allegados, la aprobaban. Las relaciones iban a ser muy complicadas. Muy difíciles. Juan era ahora un abogado de éxito. Su apoyo al bando vencedor le había encumbrado, pero para muchos no era de fiar. Su relación con

Arcadio lo hacía hartó difícil. Y llegaron los problemas. Y las limitaciones. Y las imposiciones. La relación, pese al amor, se hacía insostenible y empezaba a hacer agua por todos lados. Una mañana, muy, muy temprano, Arcadio desapareció. Subió a un barco con dirección a Caracas y la vida de ambos dio un giro espectacular. Se esfumaban en un segundo sus ansias de libertad.

Han pasado treinta y seis años. Y hoy, como ayer, ese ayer de Fray Luis de León, que en este caso sólo duró treinta y seis años, tiene en sus manos unas papas negras. No iguales, pero muy similares a las de entonces. Con la carne amarilla como los plumones de un polluelo. Levantó la vista, le miró de reojo y presintió que, por fin, la libertad era algo más que una palabra hueca.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por el autor de este cuento es el **Mercado de Nuestra Señora de África**.

